

Postmodernidad y nihilismo

L U I S A R I Z M E N D I *

RESUMEN: Partiendo de diferenciar las configuraciones históricas de la modernidad capitalista, este artículo desarrolla una crítica de fondo de la periodización de la postmodernidad trazada por Lyotard mostrando cómo edifica lo que cabe denominar el mito de la postmodernidad como era tomando posición a favor del cinismo histórico. Ante el cual se reconstruye críticamente la conceptualización de la postmodernidad, a partir de recuperar y cuestionar la visión de Fredric Jameson sobre el postmodernismo como forma cultural del capitalismo tardío, para descifrar el nihilismo epocal que produce la fase contemporánea de la mundialización capitalista.

La concepción fascista (...) significa desencanto frente a los ideales políticos del liberalismo y del socialismo en todas sus versiones.

Karl Korsch, *Tesis para la crítica del concepto fascista de Estado*

Omnia sub luna caduca –todo bajo la luna es caduco– constituye un lema que perfectamente podría utilizarse para describir el nihilismo que rige como principio radical e irrenunciable el horizonte de la cultura política postmodernista. Después del hondo impacto que su surgimiento y difusión suscitó en las últimas tres décadas del siglo pasado, nada sería más equivocado que suponer que su perspectiva simplemente ha desaparecido del escenario. Ahora que, ya entrado el siglo XXI, la mundialización capitalista se encuentra atravesada por una doble tensión que, por un lado, pugna por impulsar la transición hacia una reconfiguración neofascista del capitalismo planetario, mientras, por otro lado, advirtiendo los riesgos de desestabilización que semejante transición traería consigo, existe otra tendencia que pugna por detener la profundidad de la embestida lanzada, redefinir la *rapport de forces* y asegurar

* Director de la revista *Mundo Siglo XXI*. Ha traducido ensayos de I. Wallerstein, N. Chomsky, E. Altvater, M. Chossudovsky, G. Markus, S. Amin, G. Arrighi, entre otros. Ha impartido cientos de conferencias en seminarios nacionales e internacionales y mesas redondas en múltiples universidades, escuelas de educación superior e institutos de investigación. Co-autor del libro *Innovación tecnológica y medio ambiente* (CIECAS/Plaza y Valdés/Fundación Friedrich Ebert, 2001). Actualmente se encuentra coordinando el libro *Tendencias de la mundialización en el siglo XXI*.

una forma de funcionamiento de la mundialización regida por la búsqueda de la estabilidad económica-política con base en la implementación de una reconfiguración neokeynesiana del capitalismo, puede verse que el nihilismo del postmodernismo conlleva potencialidades que van más allá del cinismo histórico.

Sin llegar a ser propiamente neofascista, el horizonte de la cultura política postmodernista desde el nihilismo de su desencanto tanto ante la configuración liberal como ante una configuración transc capitalista de la modernidad ha integrado condiciones propicias para el avance de una perspectiva de esa naturaleza.

Para entender las encrucijadas de nuestra época, a la hora de lanzar una mirada panorámica sobre las diferentes configuraciones posibles de la modernidad capitalista puede reconocerse que fundamentalmente son tres las formas históricas que la caracterizan.

Liberal es aquella configuración que ante los efectos destructivos immanentes al funcionamiento de la modernidad capitalista, frente a la violencia económica anónima, implementa la intervención del Estado en la economía como una especie de contrapeso que, con sus diversas funciones sociales, lo que hace es operar como un dispositivo esencialmente estabilizador.

Fascista, en cambio, es aquella forma que esencialmente ante la depredación del proceso de reproducción social no nada más no integra contrapesos sino que radicaliza la violencia moderna agregando a la violencia económica inmanente a la modernización capitalista una violencia radical de otro orden, una violencia político-destructiva, con la cual asume que abrir el acceso al bienestar para una parte “elegida” del conjunto social exige invariablemente condenar al resto a la catástrofe y la barbarie.¹

Entre una y otra, en contraste con ellas, la forma cínica se define justo porque no agrega una violencia político-destructiva a la violencia económica que norma el funcionamiento de la mundialización capitalista pero tampoco integra ningún tipo de contrapeso desde la modalidad operativa del Estado, es decir, se yergue como una configuración que hace valer sin restricciones la negación de toda soberanía social. Al hacer de *laissez faire, laissez passer* su regla, revela que aceptando implacablemente la efectividad destructiva anónima inherente a la modernidad capitalista asume que el mercado defina los heridos y los muertos.

Como afirma Bolívar Echeverría:

“Cínico”, entendido en su acepción peyorativa corriente –y no en su contraria, la acepción filosófica, que fue vencida y enterrada por ella–, es alguien capaz de llevar a la práctica (...) aquellas famosas propuestas antropofágicas de Jonathan Swift “destinadas a impedir que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o para su país y a darles además una utilidad pública”... Alguien que no siente escrúpulos al utilizar en beneficio propio los puntos de fracaso de una forma institucional vigente, las zonas ciegas en donde ella y las normas derivadas de ella se demuestran incapaces de organizar adecuadamente el contenido social que las habría reclamado... Una civilización cínica (...) es una construcción del mundo de la vida que, para afirmarse en cuanto tal, debe volver sobre la destrucción de la vida que está implícita en su propio diseño y utilizarla expresamente.²

Después de que el fascismo constituyó la respuesta de la modernidad capitalista a la gran crisis económica de 1929-1944 y de que el keynesianismo instituyó la forma liberal de la modernidad en la fase de prosperidad de postguerra con los “treinta gloriosos”, el cinismo histórico se convirtió en la forma hegemónica que adquirió la mundialización a partir de que el ciclo de la acumulación capitalista desembocó en su primer gran crisis económica de alcance propiamente planetario, la gran crisis que inició en los setenta del siglo XX. No es casual que dentro de esta fase –regularmente nombrada “neoliberal”, al menos de modo impreciso, ya que, este término desliza el riesgo del desdibujamiento de la *differentia specifica* entre liberalismo y cinismo–, el abierto elogio a la negación de toda soberanía, del Estado y más aún del sujeto concreto, encontrara su firme expresión en una cultura como la postmodernista regida por el desencanto político.

Sin embargo, la profundidad del nihilismo postmoderno –que en sus autores más radicales ha transitado de la desilusión pasiva en la que “todo es vano” hacia la negación activa que participa en la franca promoción de la decadencia como sustituto de la vida civilizada– desborda con mucho la dinámica de los ciclos económicos. Su desilusión omnidireccional respecto del mundo humano de la vida revela que el suyo es un nihilismo que corresponde a una nueva era: que es un *nihilismo epocal*.

Descifrarlo exige redefinir el concepto de postmodernidad diferenciando su acepción mítica postmodernista de lo que constituye su realidad efectiva como nueva era.

1. La postmodernidad como mito

Aunque entre las principales obras de la cultura política postmodernista, como *Las palabras y las cosas* de Michel

¹ Bolívar Echeverría, “Violencia y Modernidad”, *Valor de uso y utopía*, Siglo XXI, México, 1998.

² “Postmodernidad y cinismo”, *Las ilusiones de la modernidad*, El Equilibrista, México, 1995, pp. 39-40.

Foucault,³ *El pensamiento débil* o *El fin de la modernidad* de Gianni Vattimo,⁴ *La era del vacío* de Gilles Lipovetsky,⁵ *El intercambio simbólico y la muerte*, *Las estrategias fatales* o, en la vuelta de siglo, *La ilusión vital* (que profundiza la formulación del “asesinato de lo real” agregando a los simulacros virtuales la exploración de la clonación) de Jean Baudrillard,⁶ *El retorno de lo político* de Chantal Mouffe (que colocando como principio el desencanto en torno a la erradicación de las relaciones de poder se plantea reconfigurarlas para presuntamente abrirlas a la contestación democrática)⁷ o *El fin del hombre* de Francis Fukuyama (que examina la tendencia de la biotecnología hacia un estadio “posthumano”),⁸ no se tematiza la delimitación específica de la postmodernidad como época, la obra nuclear de esa perspectiva, *La condición postmoderna* de Jean Francois Lyotard introduce una periodización histórica precisa. Por eso, pasar la mirada a contrapelo sobre la postmodernidad para redefinirla exige reconocer su centralidad y regresar a discutirla.

Para Lyotard, cuando “las sociedades entran en la edad llamada postindustrial” es justo cuando “las culturas” lo hacen “en la edad llamada postmoderna”.⁹

Esta especificación contiene una doble inconsistencia interna. Ya que, por un lado, deja sin explicación alguna la distancia histórica que existe entre el surgimiento de la sociedad postindustrial, que Daniel Bell y Alain Touraine ubican en el inicio de la postguerra, y el de la “sociedad postmoderna”, que regularmente se plantea que sucede en la década de los setenta del siglo anterior, es decir, hay más de un cuarto de siglo entre la génesis de una y otra que simplemente se borra haciendo que la segunda se sincronice con la primera. A la vez que, por otro lado, invierte la definición de la identidad histórica de la “sociedad postindustrial” al estipular la de la “sociedad postmoderna”, puesto que mientras aquella es normalmente caracterizada como una era en la que el viejo ethos productivista puritano y protestante es desplazado por un nuevo ethos deseoso y fascinado con el consumo hedonista, caracteriza la “sociedad postmoderna” como una era en la cual la crisis de los meta-relatos ha generalizado la incredulidad y el desencanto. La “sociedad postindustrial”, consecuentemente, no coincide con la “sociedad postmoderna” ni en su temporalidad ni en su identidad históricas.

No obstante, debajo de sus inconsistencias esta periodización revela la hipóstasis contenida en el mito que edifica su definición de la era postmoderna. A diferencia del término “sociedad postindustrial” —que pretende que la industria ha pasado a segundo término en el marco de un recentramiento del sistema económico que al cargarse hacia los servicios presuntamente pone ahora como su fundamento la esfera del consumo y, con ello, obnubila la

comprensión de que el desarrollo del capital industrial, más bien, volcó sobre el sector terciario una profunda complejización tanto del trabajo productivo como del improductivo que de ningún modo cancelo la función de la producción como fundamento del capitalismo contemporáneo—, el término “sociedad postmoderna”, si bien formula la entrada a una era ubicada más allá de la cultura moderna, no se plantea desconocer la modernización tecnológica viéndola como el proceso de un pasado que quedó atrás, más bien, reconoce que la modernización tecnológica sigue operando como plataforma de la “postmodernidad” pero mira ésta como una época en la que la modernización tecnológica ha cerrado toda esperanza a los proyectos del bienestar y la democracia y, ante todo, a la utopía de la libertad humana.

No cabe duda de que, de entrada, la fascinación que suscita la cultura postmodernista proviene de su criticidad radical. Cuando Lyotard cuestiona los meta-relatos de la vida moderna, es decir los relatos míticos y las promesas que el capitalismo desde su origen lanzó para legitimar su desarrollo y las instituciones sociopolíticas por él establecidas, no deja indemne ninguna de las posibles configuraciones de la modernidad.

Cuando afirma que si las crisis de 1911 y de 1929 invalidaron la doctrina del liberalismo económico, la crisis que estalló en los setenta en definitiva canceló las enmiendas postkeynesianas a esa doctrina al estamparles “la miseria de las zonas periféricas”, se posiciona edificando un hondo desencanto contra las promesas de bienestar económico que derivan de la forma liberal de la modernidad.

Cuando, yendo más lejos, contra el proyecto hegeliano de conquista del “reino de la razón” apunta que “Auschwitz refuta la doctrina especulativa (porque) ese crimen que es real no es racional”, se posiciona comportándose irónico ante la promesa de la “razón” en una civilización que ha mostrado no detenerse en la promoción de la barbarie repudiando que llegue hasta la conformación de la forma nazi de la modernidad.

Lyotard así lanza una mirada panorámica a la marcha de la modernidad para constatar que la crisis de los meta-relatos revela el fracaso ya inocultable de todas las

³ *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1978.

⁴ *El pensamiento débil*, Cátedra, Madrid, 1988. *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona, 1990.

⁵ *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 1986.

⁶ *El Intercambio simbólico y la muerte*, Monte Ávila Editores, Barcelona, 1980. *Las estrategias fatales*, Anagrama, Barcelona, 1984. *La ilusión vital*, Siglo XXI, España, 2002.

⁷ *El retorno de lo político*, Paidós, España, 1999.

⁸ *El fin del hombre*, Sine qua non, España, 2003.

⁹ *La condición postmoderna*, Ed. Rei, México, 1993, pp. 13.

promesas de bienestar y democracia que el capitalismo mundial ha forjado.

Una vez que llega a este punto, *finist coronat opus* (el fin corona la obra): su perspectiva yuxtapone no sólo con la forma liberal sino incluso con la forma fascista el proyecto de una configuración postcapitalista para desechar por completo el proyecto de la modernidad. Asumiendo al “socialismo real” como su referencia –sin percatarse de que con él el capitalismo se metamorfoseó sin ir más allá de sí mismo–, concluye que el siglo XX con la experiencia del stalinismo puso al descubierto la impotencia intrascendible de la modernidad para edificar un mundo mejor, ya que, el proyecto del “reino de la libertad” (Marx) no condujo sino a lo inverso edificando un “reino de terror”. De este modo, junto al desengaño en torno a las formas liberal y nazi de la modernidad, aún más que respecto de ellas, Lyotard introduce la desilusión en torno a una posible forma postcapitalista futura de modernidad porque canaliza nihilistamente el desencanto en torno al (pseudo)socialismo ruso del siglo XX.

Por su toma de posición tanto frente a la forma liberal como ante la forma nazi de la modernidad, la criticidad de la cultura política postmodernista es innegable pero requiere ser tipificada. Se trata de una criticidad sostenida en una plataforma giratoria porque una vez que denuncia el fracaso de las promesas que el capitalismo cifró en la modernidad, *desliza una identificación de modernidad y destructividad que introduce una peculiar hipóstasis haciendo de ésta sustancia histórica de aquella*. Percatarse de la legalidad depredatoria de la forma contemporánea de la modernidad, pero sustraérsela al capitalismo para asignársela como efecto unívoco a la modernidad en general, hace que su crítica constituya una *crítica cínica* o una *crítica críptica*. Una criticidad que, para decirlo de algún modo, entierra el “principio esperanza” (Bloch) porque termina enarbolando la negación absoluta de la posibilidad de la conversión del sujeto humano en sujeto de la historia.

Denostando como vestigio de un pasado muerto la noción de sujeto histórico, Foucault expresa contundentemente este nihilismo político cuando afirma:

El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento... Podría apostarse a que el hombre se borrará como en los límites del mar un rostro de arena.¹⁰

¹⁰ *Las palabras y las cosas*, p. 375.

¹¹ *Op. cit.*, pp. 14-15, 112 y 114.

En consecuencia, *postmodernismo* es el nombre de una cultura política que mira con desencanto la modernización tecnológica justo porque la cercena o mutila unidimensionalizándola al reducirla a su efectividad puramente opresiva y depredatoria.

La postmodernidad, para el postmodernismo, correspondería así no a una era que está más allá de la modernización tecnológica, sino, más bien, a una era que, cimbrada por las diversas derrotas de las promesas formuladas desde una u otra versión de la modernidad, ha propiciado un giro en la cultura política contemporánea llevándola a transitar irreversiblemente de la ilusión a la incredulidad una vez que presuntamente la modernización ha mostrado tener un sentido depredatorio insuprimible e inmodificable.

De esta suerte, no sólo con una impotencia impasible respecto del porvenir se cierran los horizontes de posibilidad acerca de una potencial forma postcapitalista, sino que respecto del presente la actual revolución tecnológica resulta unidimensionalizada. La ambivalencia o bidimensionalidad de la modernización contemporánea, que en su dinámica sintetiza contradictoriamente una efectividad depredatoria –que impone la subsunción real capitalista de la producción social– con una efectividad progresista –estimulada a la vez que reprimida y trastocada por la anterior pero de la que derivan potencialidades anti y postcapitalistas–, es pasada completamente por alto. Se introduce una visión cuyo desencanto, ciego ante la profunda contradicción en curso entre las tendencias neautoritarias y las tendencias socializadoras y democráticas inscritas en la revolución tecnológica contemporánea, mira como amenaza ineludible el avance de un mundo autócrata o totalitario justificando asumir postura si no a favor de éste si del cinismo histórico.

Desde aquí es que pueden entenderse las palabras que se formulan prácticamente como conclusión de *La condición postmoderna*:

El saber se ha convertido en los últimos decenios en la principal fuerza de producción... En esta transformación general, la naturaleza del saber no queda intacta... El orgullo de los <<decididores>> (...) dice: adapte sus aspiraciones a nuestros fines, si no... En el marco del criterio de poder, una demanda no obtiene ninguna legitimidad del hecho de que proceda del sufrimiento a causa de una necesidad insatisfecha... Las necesidades de los más desfavorecidos no deben servir en principio de regulador del sistema... Ese comportamiento es terrorista... (si) se entiende por terror la eficiencia obtenida por la eliminación o por la amenaza de eliminación... Es la paradoja de Orwell. El burócrata habla: <<No nos contentamos con una obediencia negativa, ni siquiera con la sumisión más abyecta. Cuando por fin te rindas a nosotros, tendrá que impulsarte a ello tu libre voluntad>>.¹¹

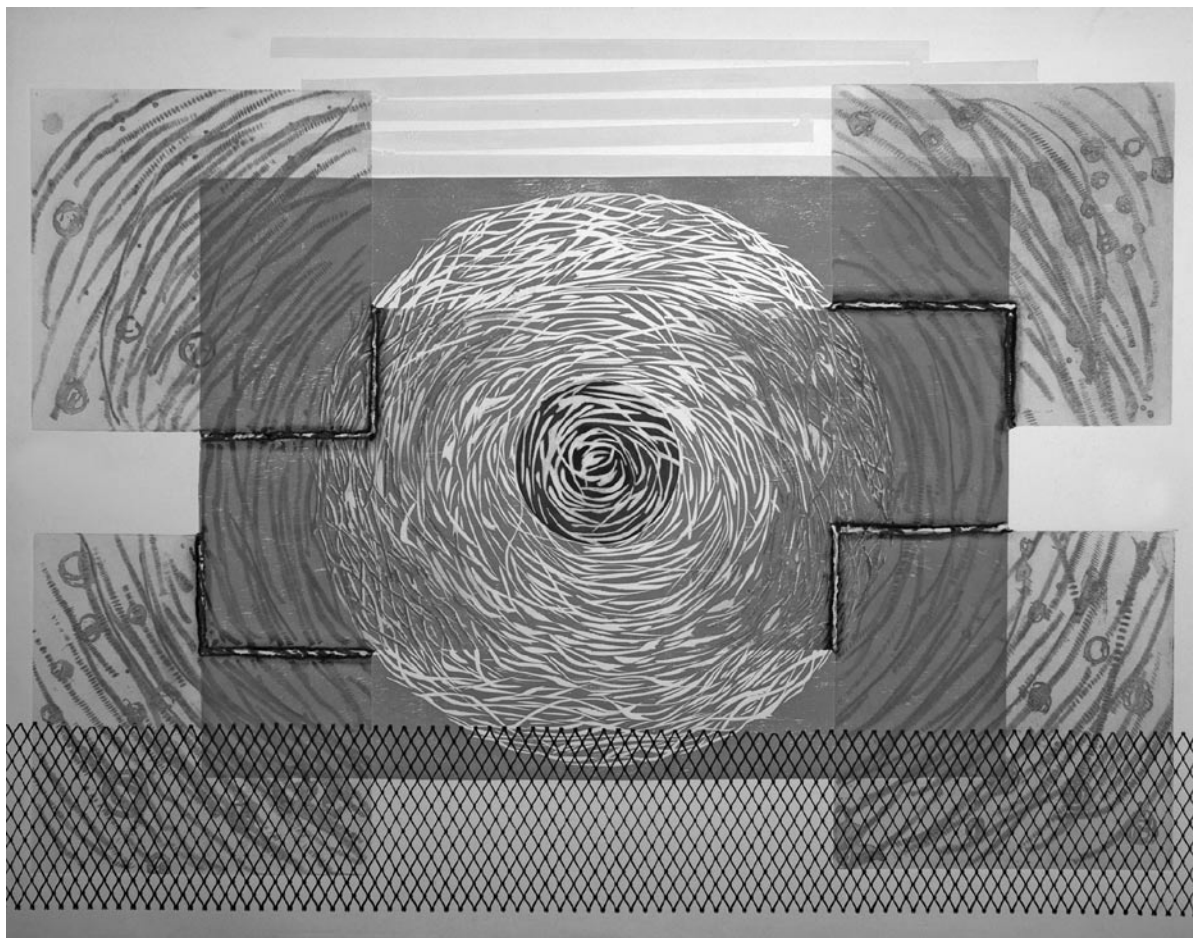
2. La postmodernidad como época

2.1 Aportes, interregno y contrasentidos de *Postmodernismo, la lógica cultural del capitalismo tardío*

Mito porque adjudica la legalidad destructiva de la forma capitalista a la modernidad convirtiéndola falsamente en su esencia, la postmodernidad, sin embargo, constituye en efecto una época.

de la vida contemporánea: en la arquitectura, la estética o la filosofía. El suyo fue el primer intento por descifrar la postmodernidad como forma histórica económico-política, estético-cultural y psicológica.

Al hacerlo buscó arrebatarse este término del horizonte de intelección del discurso cínico para llevarlo a su redefinición desde el discurso crítico. Lejos de ver la postmodernidad como el tiempo de un *discontinuum* estético o cognoscitivo, la definió como una nueva era de la



Cardume.

Sin duda alguna, el trabajo más importante en la construcción de la especificación histórica de la postmodernidad ha sido *Postmodernismo, la lógica cultural del capitalismo tardío* de Fredric Jameson.¹² Una obra que frescamente hereda de Lukács la perspectiva en torno a la “epocalidad”, es decir, el estudio de una fase de la historia como una compleja totalidad multidimensional. Cuando su obra surgió los intentos previos de aproximación a la postmodernidad se habían dado exclusivamente por zonas

historia del capitalismo. Para imprimirle un giro suprime su correlación con la concepción de la derecha occidental sobre la “sociedad postindustrial” y, explícitamente, coloca como plataforma de su perspectiva la concepción sobre el “capitalismo tardío” de Ernest Mandel.

¹² La versión castellana de esta obra se publicó con el título *Teoría de la postmodernidad*, Trotta, España, 1996.

Para Jameson, cuatro son las dimensiones definitorias de la postmodernidad como época: en el plano estético el “ocaso del afecto” o la conformación de una “nueva superficialidad”; en el plano de la cultura el “debilitamiento de la historicidad” que se expresa en la difusión del “pastiche”; en el plano psicológico la constitución de una “sublimidad *camp*” o “histérica”; y, como fase que integra dentro de sí todas estas dimensiones, el arribo al “capitalismo tardío” como tercer periodo de la historia del capitalismo mundial.

Denunciando la presencia de lo que denomina la “etapa más pura del capitalismo”, esto es, de un capitalismo que ha trastocado con su legalidad todas las dimensiones de la vida civilizada, con una “nueva superficialidad” y con la difusión del “pastiche” Jameson apunta a mostrar cómo la mercantificación de la estética se inserta dentro de un proceso mayor desplegado por la estetización de la mercantificación. A la conversión generalizada de la obra de arte en mercancía, que vacía su contenido humanista bajo el efecto de lo que con Benjamín podemos llamar la “desaturación” de las obras de arte, se agrega, integrándola dentro sí pero a la vez sobrepasándola, la metamorfosis de las mercancías en un espectáculo seductor basado en su síntesis con la “estética”. “La frenética urgencia económica de producir frescas oleadas de artículos con un aspecto cada vez más novedoso (...) asigna ahora a la innovación y experimentación estéticas una función y una posición estructurales cada vez más esenciales”.¹³ Este proceso ha generado una degradación de la sensibilidad social tanto del consumo de arte como de mercancías justo porque impacta en el sujeto concreto produciendo una “sensibilidad insensible”.

Cuando Jameson contrasta el cuadro *Un par de botas* de Van Gogh —una pintura que ineludiblemente obliga a restaurar el mundo instrumental de la miseria agrícola que en él se proyecta o que, siguiendo a Heidegger, puede caracterizarse como el “desocultamiento del ser” que se juega en la tierra y el mundo de la labranza—, comparándolo con los *Diamond Dust Shoes* (zapatos de polvo de diamante) de Andy Warhol —que constituyen un “conjunto aleatorio de objetos inertes que cuelgan del lienzo (...) despojados de su mundo vital originario como la pila de zapatos que quedó tras Auschwitz”—,¹⁴ precisamente lo que está mostrando es cómo la conversión irrestricta y anestésica del mundo de

las mercancías en presunto mundo de “obras de arte” (por ejemplo, con las botellas de Coca-Cola o las latas de sopa Campbell del Pop Art de Warhol) expresa un trastocamiento radical de los valores de uso y de la sensibilidad concreta de los sujetos. De ahí su apotegma: “La postmodernidad es el consumo de la pura mercantilización como proceso”.¹⁵

Esta situación incluye, en el plano de la cultura contemporánea, la difusión del pastiche. Concepto que —proveniendo del *Doctor Faustus* de Thomas Mann, quien a su vez lo recuperó de Adorno— indica la presencia de una producción cultural regida por la “canibalización aleatoria de todos los estilos del pasado”, es decir, por la imitación que se convierte en una “parodia vacía” justo porque no hay referente concreto. El mundo del pastiche es el mundo de los objetos que conforman una “copia idéntica de la que jamás ha existido un original”, es un mundo de simulacros donde “el valor de cambio se ha generalizado hasta el punto de que desaparece el recuerdo del valor de uso”.¹⁶ Es un mundo sacudido por una profunda “crisis de historicidad” puesto que el sujeto ha perdido el valor de uso como referente concreto tanto hacia el pasado como hacia el porvenir.

Sobre estas éstas transformaciones de orden estético-cultural, se da una metástasis en la psique social en la que la “muerte del sujeto” la modifica epocalmente. Producido por la combinación de las derrotas políticas de fines de los sesenta y los setenta, por la mercantilización universal de la vida civilizada y, ante todo, por la presencia de una enorme estructura tecnológica en la experiencia cotidiana (que expresando los alcances de la tercera revolución tecnológica, la “Era de la Tercera Máquina”,¹⁷ la atraviesa con base en una red televisiva planetarizada y la tecnología de la información computarizada que sumergen la vida social en un vértigo ilimitado de espectáculo y simulación) se constituye un profundo poder alienador, un poder regido por lo que con Sartre de la mano Jameson denomina la “contrafinalidad de lo práctico-inerte”, que es precisamente el que propicia una radical mutación de la psique social. La desilusión, la amnesia y, absorbiéndolas, una “sublimidad *camp*” son de lado del sujeto el resultado fundamental de esa combinación.

Articulando la noción en torno a la sublimidad de Edmund Burke —que describe una “experiencia lindante con el terror” que atemorizada pero a la vez atraída mira el mundo social como subordinado a fuerzas inmensas—¹⁸ con la noción *camp* proveniente de Susan Sontag —que representa un cierto modo de estilización normado por la extravagancia y lo exagerado, donde los objetos son lo que no son (p.e., lámparas en forma de plantas que florecen o las entradas al metro parisino configuradas como tallos de orquídea) expresando la reorganización radical del

¹³ *Op. cit.*, p. 27.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 31.

¹⁵ *Op. cit.*, p. 10.

¹⁶ *Op. cit.*, pp. 38-39.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 55.

¹⁸ *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y lo bello*, Tecnos, Madrid, 2003.

mundo como teatro—,¹⁹ el término “sublimidad *camp*” da cuenta de una nueva subjetividad que, descompuesta de modo parecido a la fragmentación esquizofrénica, vive desconcertada oscilando abruptamente entre el encanto y la fascinación, que le produce la estetización del mercado mundial contemporáneo, y el vacío nihilista y el desencanto depresivo, que le produce estar inserta en un orden sin sentido socialmente autodeterminado.

Todas estas transformaciones estéticas, culturales y psicológicas, según Jameson, son la expresión del arribo y desarrollo de la tercera fase en la historia del capitalismo mundial: después del “capitalismo de mercado” y del “imperialismo”, hemos entrado de lleno en la fase del “capitalismo tardío”. Esta fase representa “la forma más pura del capitalismo” porque con ella se da “una prodigiosa expansión del capital por zonas que hasta ahora no se habían mercantilizado”.²⁰ Doble es el sentido de esta expansión global. Por un lado, a la vez que el capitalismo ha suprimido del panorama “los enclaves de la organización precapitalista que hasta ahora había tolerado y explotado de modo tributario” para redondear su expansión definitiva sobre la globalidad del planeta, por otro, con base en la estetización de la mercantificación y el impacto de los *mass media* ha intervenido ya sobre la globalidad de dimensiones constituyentes de la vida social. Si la estética, la cultura y la psique han experimentado un cambio epocal es justo porque el mundo contemporáneo entendido tanto como totalidad planetaria como totalidad social esta inserto en la legalidad del capitalismo. No queda prácticamente en pie ningún *hinterland* natural ni espacio de la vida social en que no haya entrado. En conclusión, para él, postmodernidad es un término que cabe recuperar sí con base en su redefinición se usa para proyectar los cambios epocales en la vida social generados por el capitalismo tardío. Solo así podría responder al “intento de pensar históricamente en una época que ha olvidado cómo se piensa históricamente”.²¹

En esta prolífica conceptualización, que abrió líneas de reflexión decisivas delimitando las coordenadas ulteriores del debate internacional,²² se presenta, sin embargo, una doble inconsistencia.

Una, la que señaló Mike Davis, deriva de problematizar los tiempos de esta periodización. Existe un importante desfase entre el tiempo histórico de surgimiento del capitalismo tardío, que Ernest Mandel ubica en 1945, precisamente con el inicio de la postguerra, y el tiempo histórico que corresponde a la postmodernidad, que Jameson ubica en la década de los setenta del siglo XX.²³ Pese a que es factible argumentar que el impacto del capitalismo tardío en la vida social global no es inmediato, esa respuesta no es convincente puesto que acepta acriticamente un gran hiato o interregno en la periodización.

Otra es la que tiene que ver con la especificación históricamente incoherente que resulta de sobreponer la postmodernidad al capitalismo tardío. Y es que a la hora de arrebatársela al pensamiento postmodernista, Jameson redefine la concepción de la postmodernidad desde la visión del capitalismo tardío y, asimismo, redefine al capitalismo tardío desde la postmodernidad, generando una correspondencia traspasada por un doble contrasentido. Si bien para contrarrestar la perspectiva que Lyotard le había asignado a la postmodernidad introduciendo la periodización asociada a la “sociedad postindustrial” —que al mirar la historia económica social desdoblándola en sociedad agrícola, sociedad industrial y sociedad postindustrial expulsa completamente al capitalismo como fundamento de nuestra era—, Jameson utiliza al capitalismo tardío como fundamento epocal buscando especificar la postmodernidad como fase de la historia capitalista, sin embargo, la especificación del capitalismo tardío como postmoderno instala un primer contrasentido. Mientras en Mandel el sentido histórico-político del término capitalismo tardío, a partir de un paralelismo metafórico planteado entre la temporalidad capitalista y la temporalidad del día, indica la presunta presencia de una era falleciente en la que el capitalismo se encontraría si no en su anochecer cerca de él, o sea al concluir la “tarde”, contraviniéndolo, el sentido histórico-político del término postmodernidad apunta, exactamente al revés, al reconocimiento de un poder victorioso y en curso de apuntalamiento. Pretendiendo resolver este contrasentido Jameson redefine el significado del adjetivo “tardío” como diferente a senectud, fracaso o muerte, para conferirle como contenido la “sensación de que algo ha cambiado”, de “una transformación del mundo de la vida que es, en cierto modo, decisiva pero incomparable con las antiguas convulsiones de la modernización

¹⁹ “Notas sobre lo *camp*”, *Contra la interpretación*, Alfaguara/Taurus, Madrid, 1996.

²⁰ *Op. cit.*, p. 55.

²¹ *Op. cit.*, p. 9.

²² Después de Jameson, las intervenciones más significativas polemizando con él o buscando profundizar su conceptualización vinieron, por un lado, de David Harvey con *La condición de la postmodernidad* (Ammorortu, Argentina, 1998), que explora la transición a un nuevo régimen de acumulación flexible como plataforma en la transformación económico-política del capitalismo tardío y su reorganización de la cultura y la estética contemporáneas, por otro, de Alex Callinicos en *Contra el postmodernismo* (El Áncora Editores, Colombia, 1993), quien niega rotundamente las transformaciones epocales formuladas Jameson, y, entre uno y otro, de Terry Eagleton con *Las ilusiones del postmodernismo* (Paidós, Argentina, 1998), que, al revés, insiste en que esas transformaciones son efectivas pero ininteligibles desde una sola perspectiva, menos aún desde la perspectiva postmodernista.

²³ “Urban Renaissance and the Spirit of Post-modernism”, *New Left Review* no. 151, 1985, pp. 106-113.

y la industrialización”.²⁴ Pero con esta redefinición, que ya desliza una unidad artificial de los términos, introduce además un segundo contrasentido. Aunque reconoce que la modernización contemporánea ha instalado un abierto abanico de ramas desde las que impacta en la vida estético-cultural y psicológica de la sociedad actual, descendiendo al proceso de trabajo como soporte estructural del capitalismo, lo que quiere decir al plusvalor como núcleo vital de la acumulación a nivel planetario, termina interiorizando la caracterización del capitalismo postmoderno como capitalismo postindustrial. Dicho de otro modo, arriba a una coincidencia inintencional pero inocultable justo con la perspectiva de la sociedad postindustrial que pretendía contrarrestar. En consecuencia, tanto la tesis de un capitalismo tardío postmoderno como la de un capitalismo postindustrial están normadas por un *contradictio in adjecto*.²⁵

2.2 La postmodernidad como configuración epocal de la mundialización capitalista

Dar cuenta de todas esas decisivas transformaciones estético-culturales y psicológicas que constituyen a la postmodernidad exige, entonces, aproximarse a ella desde otra periodización, que la especifique epocalmente sin interregno ni contrasentidos.

Diversas han sido las posiciones en la periodización de la postmodernidad como época del capitalismo. Algunas corren sus inicios a la Segunda Guerra Mundial, otras van más atrás hasta la Gran Guerra, incluso otras la fechan con base en la Revolución Rusa —donde no cabe ubicarla porque justo lo que ahí está ausente es la técnica moderna, de suerte que, ningún desencanto podría haber surgido ante ella—.

Horst Kurnitzky ha desarrollado una especificación histórica de la postmodernidad que pone como su fundamento genético la Primera Guerra Mundial porque ve en ella el suceso que hace explotar los horizontes teóricos que pretenden impulsar un pensamiento ciertamente totalizador.

Se dice que el término postmodernismo fue empleado por primera vez en 1934 por Federico de Onís en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. De cualquier forma, Arnold Toynbee emplea el término en su libro *A Study of History*, escrito en 1938 y publicado en 1947, para caracterizar una nueva época, que en su opinión comenzó después de 1875, con el fin de la dominación del Occidente, el ocaso del individualismo, del capitalismo y del cristianismo. Después fue introducido el término por Alexandre Kojève en la literatura. Gombrich y muchos otros lo emplearon en un sentido semejante a como se habla del gótico, barroco, rococó. Claro está, que el prefijo post se empleó con todo el sentido de la modernidad, es decir, para distinguirse del pasado y anunciar lo nuevo. En la arquitectura se marca el comienzo del postmodernismo con una fecha exacta: 1968, cuando en Inglaterra un edificio moderno se derrumbó a consecuencia de una explosión y en los años siguientes se inicia la demolición de las zonas habitacionales construidas con el estilo de la modernidad de posguerra. De hecho el concepto se impuso mundialmente a partir de su utilización en el arte y la arquitectura de los setentas y ochentas. *Si se entiende como post-modernismo el fin de la idea de una finalidad en la historia, el fin de los sistemas de pensamiento totalizadores* que intentaron dar un sentido y una meta a la historia y a la sociedad, con la idea de que en algún lugar, en algún momento, se impondría en la sociedad el estado paradisiaco de bienestar para todos; *entonces la primera guerra mundial se puede considerar como el factor que desencadena el postmodernismo*. Lo que entonces sucumbió, describe Karl Kraus en su obra *Los últimos días de la humanidad*: el imperio, el sujeto, el individuo, la humanidad, se hundieron en la matanza, en la carnicería humana... Parece ser que la sociedad se encuentra ahora ahí donde siempre quiso estar. El mundo convertido en una tienda gigante... Este estado actual de la sociedad, muestra al postmodernismo (...) como la expresión de una cultura común al Oriente y al Occidente (...) ya que es indiferente a toda forma histórica, a toda formación social y a todo recuerdo. Convierte al individuo en el turista de un crucero, o en el consumidor de un centro comercial, que se deja estimular por la diversión que escenifican las ofertas de mercancías. La ligazón emocional a los objetos, su utilidad viene a ser sustituida por la orgía de atracciones y vivencias, en la que el sujeto se disuelve.²⁶

Sin dejar de ser sugerente la idea que concibe la Primera Guerra Mundial justo como el suceso que, reemplazando la vida en civilización por la barbarie, pareciera derrumbar la posibilidad de que la humanidad se vuelva sujeto de la historia, sin embargo, no es la mera aparición de una cultura nihilista —que en todo caso no surge en ese momento, sino desde el siglo XIX con Nietzsche, que con su filosofía expresa la percepción desencantada que se comienza a tener de las promesas que la modernidad capitalista promulgó— la que marca el origen de una era

²⁴ *Op. cit.*, p. 21.

²⁵ Brillante por el balance y el enriquecimiento que realiza de la visión de Jameson, la intervención de Perry Anderson, aunque reconoce y pretende subsanar este interregno con su reflexión en torno a la postmodernidad como un orden dominantes desclasado, regido por una tecnología mediaticada (la red televisiva mundial) y una política monocroma, finalmente lo deja en pie, más aún, no percibe el doble contrasentido que nulifica esa especificación epocal de la postmodernidad. *Los orígenes de la postmodernidad*, Anagrama, Barcelona, 2000, pp. 116-127.

²⁶ “Barroco y postmodernismo: una confrontación postergada”, incluido en la compilación de Bolívar Echeverría, *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, UNAM/El Equilibrista, México, 1994, pp. 82-84.

post-moderna. Efectivamente, *la postmodernidad tiene que ver directamente con el mito de la imposibilidad definitiva de que la humanidad devenga en sujeto histórico, pero este mito para sostenerse requiere encarnar toda una época y, ante todo, un poder tecnológico que no posee ni la Primera Guerra Mundial ni en un inicio la misma Segunda Guerra Mundial: el poder del Apocalipsis.*

Si la postmodernidad se entiende como una era de la historia capitalista, entonces, es cuando la forma capitalista de la modernización tecnológica ha trastocado radicalmente las potencialidades positivas de la modernidad para instalar una trayectoria que abre el peligro potencial de la devastación total que surge la postmodernidad como era, justo porque ahí parece cerrarse la posibilidad de un mundo mejor por el riesgo de la barbarie atómica. En este sentido, la invención de la bomba nuclear debido a que vuelve una realidad concreta el peligro de la aniquilación global de la vida civilizada funda la postmodernidad. Hiroshima y Nagasaki constituyen los sucesos históricos que *laxamente* simbolizan su origen.

Pese a ello, el cierre de la primera mitad del siglo pasado no puede eruirse como el *punto de partida epocal específico* de la postmodernidad debido a que la mundialización de la modernidad capitalista conformaba todavía un proceso en curso, por tanto, para contrarrestar la crisis del 29 y la destrucción industrial de la guerra, el capitalismo de postguerra con la internacionalización del Estado de Bienestar implementó la forma liberal pareciendo avanzar hacia la realización de la promesa keynesiana de la modernidad. Los “treinta gloriosos”, que corresponden al auge del ciclo económico mundial en la postguerra, lejos de poner en crisis el meta-relato keynesiano, generaron la apariencia de su confirmación histórica.

En este sentido, la mirada postmodernista tiene enteramente razón cuando periodiza la postmodernidad ubicando su génesis epocal en los setenta del siglo pasado, ya que, es precisamente en esa década cuando debido al acabamiento de la mundialización de la modernización capitalista se entra en una nueva era que constituye la etapa postmoderna del capitalismo.

Si se lanza una mirada panorámica a la historia de la mundialización capitalista, podría decirse que son cuatro las etapas que la constituyen. La primera que cabe denominar la *subsunción formal inespecífica del mundo por el capital*, abarcando desde el origen del capitalismo en el “largo siglo XVI” hasta mediados del siglo XIX, corresponde a un tiempo histórico en el que, sin alterar la estructura de la técnica premoderna ni dominar directamente el proceso de trabajo planetario, el capitalismo despliega sobre el orbe su control formal de la esfera circulatoria con la mundialización del mercado internacional, lo que le

permite utilizarlo como medio para interconectar las más diversas civilizaciones con el naciente capitalismo europeo. La segunda que puede clasificarse como la *subsunción formal específica del mundo por el capital*, comprendiendo de mediados del siglo XIX al fin de la Gran Guerra, concierne a un tiempo histórico en el que el capitalismo profundiza su dominio de la mundialización planetarizando sus *formas* productivas, es decir, globaliza sus relaciones sociales de producción embistiendo los procesos de trabajo premodernos precapitalistas. La Gran Guerra simboliza el cierre de ese proceso porque la confrontación entre potencias por el reparto del planeta tiene que darse precisamente debido a que la expansión espacial del capitalismo sobre la producción social formalmente ha concluido. La tercera fase que cabe caracterizar como la *subsunción real inespecífica del mundo por el capital*, abarcando del fin de la Gran Guerra al estallido de la gran crisis económica mundial que empieza en los setenta del siglo XX, corresponde a un tiempo histórico en el que, luego de haber desarrollado y consolidado la gran industria capitalista o su sistema de fábricas automáticas en Europa Occidental y EU, el capitalismo se embarca en la industrialización subordinada pero efectiva de lo que se conoció como 2º y 3er Mundos el siglo pasado, esto es, despliega la fase de mundialización del trastocamiento capitalista de la estructura de la técnica planetaria, la fase de mundialización de la plataforma industrial de la modernidad capitalista. Sin embargo, esta fase es inespecífica porque toda vía en ella el precapitalismo de algún modo pone su marca. Ante todo, en la URSS donde el simulacro del socialismo real se edifica ocultando que lo que ahí se conformó fue un peculiar tipo de capitalismo: un *capitalismo despótico* que respondía a la especificidad de la historia rusa donde el despotismo asiático fue desmontado en su forma precapitalista pero absorbido y metamorfoseado al integrar un “capitalismo sin capitalistas”, un capitalismo donde el déspota como personificación del Estado comandaba la *nomenklatura* como nueva forma social dirigente.²⁷ Asimismo, esta fase es inespecífica porque en ella se encuentra en curso la mercantificación universal de la vida civilizada pero el capitalismo todavía no copta redondamente todas las dimensiones de la vida social. Por último, la cuarta fase que cabe clasificar como la *subsunción real específica del mundo por el capital*, que va de la gran crisis económica de los setenta en adelante, representa efectivamente la “*forma más pura del capitalismo*” porque la soporta el

²⁷ Sobre el concepto “capitalismo despótico”, Luis Arizmendi, “La globalización como mito y simulacro histórico” (1ª. Parte), *eseconomía*, no. 2, ESE, IPN, México, 2002-2003. pp. 34-42.

hecho de que *el capitalismo ya instaló su dominio global tanto del planeta como de las diversas dimensiones de la vida social. Porque con ella la mundialización de la estructura tecnológica específicamente capitalista esta prácticamente alcanzada, es que es ahí donde puede emerger saliendo plenamente a la superficie el fracaso o la crisis de los meta-relatos que la modernidad capitalista había promulgado.*

Tres son las expresiones más sintomáticas del trastocamiento capitalista de las potencialidades positivas de la modernidad: la mundialización de la pobreza, la crisis ambiental mundializada y la multiplicación de condiciones internacionales posibilitantes de nuevos holocaustos nucleares.

Contraviniendo la ilusión keynesiana de una economía de bienestar, al alcanzar por fin la mundialización de la técnica moderna la modernidad capitalista propició el estallido

de la primer gran crisis económica de alcance planetario y la de mayor prolongación en la historia contemporánea. Más aún, al transitar con la vuelta de siglo a un nuevo periodo de auge en el ciclo económico de la acumulación capitalista, lejos de traer consigo la globalización de la riqueza, lo que ha creado es la *mundialización de la pobreza*. Desbordando el carácter geohistóricamente circunscrito que tuvo la sobre-explotación de la fuerza laboral en sus periodos previos —el de sobre-explotación concentrada en la metrópoli (1740-1880) y de sobre-explotación concentrada en la periferia (1880-1970/80)—, la combinación de la actual revolución tecnológica con la derrota de los monopolios defensivos del ex-segundo y del ex-tercer mundos y la reconfiguración neoliberal del Estado ha fundado, por primera vez en la historia de la modernidad, *la mundialización de la sobre-explotación laboral*. Este proceso se ha agudizado en la periferia, pero también en



Líneas quietas, encaústica sobre papel, 45 X 55 cm, 2003.

la metrópoli se implementa ya no únicamente contra los trabajadores migrantes sino contra los ciudadanos de sus propios Estados nacionales.²⁸ Así a diferencia de los dos periodos previos de auge que el capitalismo generó entre 1890 y 1929, donde el standard de vida de los trabajadores europeos mejoró modificando notablemente la situación que habían padecido en la era de la revolución industrial, y entre 1945-1971, donde los treinta gloriosos impactaron casi en todas las latitudes –a excepción del continente africano que vive sometido a una especie de *apartheid* tecnológico–, este nuevo periodo en el ciclo de la acumulación capitalista –que ya muestra indicios de que no va a durar no ni de cerca el tiempo que lo hicieron los anteriores– es sumamente peculiar porque *ha recrudecido la crisis en el proceso de reproducción de la sociedad mundializada justo cuando la acumulación planetaria atraviesa por una fase de auge. Aunque es falso que el capitalismo mundial sea impotente para reinstaurar la forma liberal de su modernidad, cuando el postmodernismo se desencanta con el meta-relato keynesiano lo que expresa es precisamente que la mundialización de la modernización tecnológica capitalista jamás podrá instaurar una economía de bienestar efectiva para todos.*

Junto con la mundialización de la pobreza que muestra el modo en que la mundialización de la modernización tecnológico-capitalista despliega la depredación del proceso de reproducción vital del sujeto concreto, como su otro lado necesariamente complementario, la crisis ambiental mundializada muestra el modo en que la mundialización de la modernización capitalista depreda el metabolismo gaia del objeto concreto, o sea, los recursos y el equilibrio vital de la naturaleza planetaria. Después de las dos fases anteriores andadas por la depredación capitalista de la naturaleza, es decir, después de la depredación residual –llevada a cabo entre 1735 y 1870 por una forma de depredación inintencional pero inevitable producida por la subsunción real de la producción social al afán voraz de valorización abstracta del valor capitalista– y luego de la depredación programada –que transcurrió entre 1850 y 1971 como una forma depredatoria producida por la canalización de la modernización capitalista hacia la generación de tecnologías militares cada vez más destructivas, pero que no desactivó el funcionamiento de la depredación residual como forma generada por la modernización de las tecnologías productivas–, es precisamente en la década de los setenta del siglo XX cuando la mundialización capitalista arriba a una tercera fase, más radical, en su depredación de la naturaleza: la fase de la depredación antifuncional pero cínica. Una fase que, con su antifuncionalidad, revela el advenimiento de una nueva medida epocal en la depredación justo porque, desbordando la destrucción puramente

unilateral del mundo de la vida humano-natural, por fin se le retroproyecta al capitalismo su propia depredación abriendo riesgos tendenciales de insostenibilidad de su acumulación planetaria. Pero que, por el aferramiento de los diversos capitales privados transnacionales y de los Estados a sustraer las mayores ventajas estratégicas del patrón tecnoenergético fosilista, se mantiene subordinando cínicamente los tiempos de una transición ecológicamente urgente hacia un patrón postfosilista a los de una inestable e incierta transición capitalistamente determinada.²⁹ Articuladas la mundialización de la pobreza y la crisis ambiental mundializada revelan la presencia de una época que hace de la modernización fundamento de una profunda crisis en la vida civilizada.

Finalmente, la multiplicación en la vuelta de siglo de condiciones internacionales posibilitantes de nuevos holocaustos nucleares lleva más lejos la situación respecto de Hiroshima. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, expresando la correlación global de fuerzas, EU y la URSS firmaron el Pacto Yalta. Un acuerdo que distribuía los espacios geohistóricos del orbe desdoblándolos en dos bloques hegemónizados a su interior por cada una de estas potencias, que, sin embargo, entre sí distaban mucho de tener fuerzas equivalentes, de suerte que, ese pacto convirtió la URSS en una “subpotencia imperial” funcional a la hegemonía americana. En tanto EU no tenía el poder económico, tecnológico y financiero para encargarse de la modernización de Europa del Este, podía dejarle el control de ese bloque a la URSS, a cambio la URSS aceptaba el control de EU sobre la totalidad del resto del orbe. Este acuerdo funcionó muy bien ya que ninguna de las dos potencias intentó realmente subvertir ni la economía ni los gobiernos del otro bloque.³⁰ Pero cuando EU adquirió una medida mayor, suficiente para empezar a encargarse geoeconómica y geopolíticamente de la zona integrada al 2º Mundo, buscó desestabilizar el acuerdo. La única desestabilización grave que puso el mundo ante la posibilidad del abismo atómico sucedió con el conflicto de los misiles en Cuba. En general, incluyendo ese conflicto, la Guerra Fría operó sobre una amenaza nuclear recíproca que contuvo los riesgos de una guerra atómica efectiva. Cuando la URSS, incapacitada financieramente para seguir controlando todo su anterior cinturón geoestratégico,

²⁸ Julio Boltvinik y Luis Arizmendi, “Mundialización de la pobreza, autodeterminación y desarrollo”, *Mundo siglo XXI*, no. 9, CIECAS, IPN, México, Verano 2007.

²⁹ Luis Arizmendi, “La crisis ambiental mundializada en el siglo XXI y sus disyuntivas”, *Mundo Siglo XXI*, no. 3, CIECAS, IPN, México, Invierno 2005-2006.

³⁰ Immanuel Wallerstein, “¿Globalización o Era de Transición?”, *eseconomía*, no. 1, ESE, IPN, México, 2002.

por *motu proprio*, se retira del Pacto Yalta, la capacidad ofensiva militar estadounidense queda liberada de contrafuerzas, por tanto, estimulada por ella –como en el caso de Isarel– o implementando una estrategia defensiva ante ella –como en el caso de Irán– se multiplican los arsenales de tecnologías militares atómicas por el planeta. A lo que hay que agregar los diversos conflictos de cada zona. De este modo, diversos Estados en todos los continentes, incluyendo Estados oficialmente declarados no nucleares –como Alemania–, han desarrollado ya armas atómicas o, al menos, las tecnologías de la que derivarían. Esto significa que los riesgos nucleares son más propicios pero no exclusivos de guerras asimétricas. De hecho, además de riesgos nucleares Norte-Sur, se van abriendo riesgos nucleares Sur-Sur o se reconstituyen de otra forma en la relación Norte-Norte –como a juego del escudo antimisiles que EU quiere instalar en Estados vecinos de Rusia–.³¹ En consecuencia, *si bien el poder apocalíptico funda la postmodernidad laxamente vista con Hiroshima, la postmodernidad como era específica que contiene una temeraria e imprevisible potencialidad apocalíptica pertenece a la era de la post-guerra fría.*

En síntesis, *unificadas como totalidad la mundialización de la modernización tecnológica capitalista –que ha producido la mundialización de la pobreza, la crisis ambiental mundializada y la potencialidad apocalíptica de la post-guerra fría– y la dominación capitalista multidimensional del mundo social –con la subsunción real global de la vida civilizada, la desaturización de la estética, la estetización del mercado mundial contemporáneo y la sublimidad camp– fundan redonda y suficientemente la era nihilista que constituye la postmodernidad como época.*

No existe contingencia alguna en que el debate postmodernista empiece en los setenta precisamente dentro del ámbito de la arquitectura.³² Expresando el acabamiento de la mundialización de la modernidad capitalista que con sus urbes invade el orbe, la postmodernidad en la arquitectura muestra el inicio de esta era con un carácter cínico. Una *arquitectura cínica* es justo aquella que, dejando atrás como un anhelo del pasado la planeación urbana y respondiendo al libre juego de las fuerzas del mercado, irrestrictamente acepta la conjugación del ensamble, incluso provisional, de los más diversos estilos con la plasmación como espectáculo en la estructura citadina de la mercantificación universal y la marginación de los excluidos. Que lleva, polar pero complementariamente, a la edificación de zonas elitistas protegidas y el salpicamiento diverso de una arquitectura popular indeseada y proscrita, que con su presencia revela una creciente pobreza inocultable pese a la enormidad urbana.³³

En conclusión, mistificada en tanto se le concibe como una era intrascendible regida por una modernización tecnológica unívocamente destructiva y autoritaria, la postmodernidad, sin embargo, constituye efectivamente una época. Una época que, correspondiendo a la cuarta fase de la mundialización capitalista, es decir, a la subsunción real específica del mundo por el capital, expresa la inversión jugada *in strictu sensu* desde la década de los setenta del siglo XX para la historia de la mundialización: cuando justo al lograr su abarcamiento del orbe la técnica moderna, sus mejores potencialidades históricas son derrotadas, pero de ningún modo anuladas o canceladas, al conducir la modernización por trayectorias de un apuntalamiento destructivo del poder planetario.

³¹ *Mundo Siglo XXI* ha venido rastreando la tendencia que presiona por desatar una nueva guerra atómica ubicando su epicentro en Asia como zona en la que se expresa la disputa por la hegemonía planetaria a juego del control de las reservas fosilistas. Michel Chossudovsky, “La guerra nuclear contra Irán” (*Mundo Siglo XXI* no. 4, CIECAS, IPN, México, Primavera 2006), “Los peligros de una guerra nuclear en Medio Oriente” (*Mundo Siglo XXI* no. 8, CIECAS, IPN, México, Primavera 2007) y “La desestabilización de Pakistán” (*Mundo Siglo XXI* no. 11, CIECAS, IPN, México, Invierno 2007-2008).

³² Aunque Robert Stern, alumno de Venturi, fue quizás el primer arquitecto que utilizó el término, es Charles Jencks a quien se debe su difusión, especialmente con una obra en la que formula una periodización de los “modos de producción arquitectónica” (el minicapitalista, el capitalista del Estado de Bienestar, el capitalista monopolista y la nueva dominación empresarial omnipresente), *El lenguaje de la arquitectura postmoderna*, Gustavo Gili, Barcelona, 1980.

³³ En este sentido es magistral la reflexión de David Harvey en “Postmodernismo en la ciudad: arquitectura y diseño urbano”: “El postmodernismo en el campo de la arquitectura y del diseño urbano significa, en grandes líneas, una ruptura con la idea modernista según la cual la planificación y el desarrollo debieran apoyarse en *proyectos* urbanos eficaces, de gran escala, de alcance metropolitano y tecnológicamente racionales, fundados en una arquitectura absolutamente despojada de ornamentos... En cambio, el postmodernismo cultiva una concepción del tejido urbano necesariamente fragmentada, un “palimpsesto” de formas del pasado superpuestas unas a otras, y un “*collage*” de usos corrientes, muchos de los cuales pueden ser efímeros. En la medida en que la metrópoli no se puede controlar sino por partes, el *diseño* urbano (nótese que los postmodernistas no hacen proyectos sino diseños) busca simplemente tener en cuenta las tradiciones vernáculas, las historias locales, las necesidades, requerimientos y fantasías particulares, de modo de generar formas arquitectónicas especializadas y adaptadas a los clientes, que pueden ir desde los espacios íntimos personalizados, pasando por la monumentalidad tradicional, hasta la jovialidad del espectáculo. Todo esto puede florecer recurriendo a un notable eclecticismo de estilos arquitectónicos”. *Op. cit.*, p. 85.